

HISTORIA DE LOS CONCEPTOS, SEMÁNTICA
HISTÓRICA Y SOCIOLOGÍA CRÍTICA DE LOS
USOS LÉXICOS EN LAS CIENCIAS SOCIALES:
CUESTIONAMIENTO DE LOS INCONSCIENTES
ACADÉMICOS NACIONALES

Olivier Christin

École Pratique des Hautes Études, Paris, V^{ème} section

INTRODUCCIÓN

Quisiera comenzar por expresar el placer y sobre todo la profunda emoción ante la posibilidad que se me ofrece de publicar aquí el texto de la presentación que hice el 12 de enero de 2012 en El Colegio de México, en un entorno prestigioso y ante colegas a quienes admiro enormemente, de una investigación que me ocupa desde hace varios años y cuyas dificultades percibo cada día mejor. Primero, porque creo necesario —y volveré sobre esto— devolverle su justo lugar al trabajo colectivo en nuestras disciplinas, en oposición a la tendencia fatal que nos impone el papel creciente de la evaluación y de la clasificación de los investigadores internacionales y contra los beneficios a corto plazo que representan las convocatorias públicas nacionales e internacionales, para las que se crean comités cuya coherencia es a veces

Fecha de recepción: 4 de abril de 2012

Fecha de aceptación: 30 de agosto de 2012

un poco artificial. Pero sobre todo, porque sé que estoy precisamente en uno de los lugares donde la historia social de las categorías y de los conceptos de las ciencias históricas y sociales ha vivido la renovación más clara y más prometedora, en particular en torno al proyecto Iberconceptos y a la convocatoria común lanzada por las grandes revistas de historia en el número 78 de *Historias* (“Declaración de El Colegio de México”). Por lo tanto, quisiera aprovechar esta oportunidad para exponer el proyecto que inicié hace algunos años con Franz Schultheis —un proyecto que considero debe continuarse sólo con la condición de establecer intercambios con lo que ocurre en otras partes en materia de historia internacional comparada de los conceptos—, y lo haré en tres etapas: recordaré los desafíos de este proyecto para un investigador europeo que realizó parte de su investigación fuera de su país y que, por lo tanto, enfrentó problemas de traducción y choques con contextos científicos distintos de aquel en el que se había formado; ofreceré un ejemplo concreto de aplicación, basado en la crítica de los usos conceptuales y léxicos de una obra de divulgación científica que pretende ofrecer una mirada objetiva de la historia mundial; y, por último, describiré los grandes ejes futuros para abrir lo más ampliamente posible una discusión de la que espero mucho.

LOS DESAFÍOS DE UN PROYECTO COLECTIVO:
LOS INCONSCIENTES ACADÉMICOS

Cuando elegí estudiar la circulación internacional de las categorías y los conceptos usados en las ciencias sociales europeas y proponer —con la aparición del *Dictionnaire*

des concepts nomades,¹ que contenía un número pequeño de entradas, ninguna demasiado larga— no un resultado definitivo ni un vademécum del investigador comparado, sino una serie de preguntas o de maneras de preguntar indispensables cuando se hace historia, ciencia política o sociología comparada, lo hice influir por dos motivaciones que explicaré por turnos: una política y otra científica.

1. Desde hace al menos una década, en parte por los efectos de la introducción masiva de la bibliometría en los procedimientos de reclutamiento y evaluación de investigadores, equipos de investigación y universidades, las grandes instituciones europeas de educación superior y de investigación, sobre todo en los países francófonos, se han dotado de cada vez más dispositivos para fomentar la traducción al inglés de la producción en ciencias humanas y sociales (las llamadas SHS: *sciences humaines et sociales*). Estos dispositivos adquieren formas extremadamente variables de una institución a otra y de un país a otro (por ejemplo, Suiza no está completamente en la misma situación lingüística que Francia). Así, encontramos medidas de lo más heterogéneas:

- Obligaciones reglamentarias, como cuando las universidades exigen a los doctorandos que presenten por cada tesis un resumen de algunos cientos o algunos miles de palabras en inglés, o que incluyan una lista de palabras clave en inglés, a menudo desconcertante para el lector, que no descubre en ellas más que traducciones hechas al vapor (volveré sobre esto).

¹ CHRISTIN, *Dictionnaire des concepts*.

- Criterios editoriales de ciertas revistas científicas, que para mejorar su propia certificación y los financiamientos públicos que las acompañan exigen que cada artículo entregado incluya su respectivo resumen en inglés.

- Medidas de fomento, como en las universidades suizas que imparten cursos de redacción científica en inglés y ofrecen apoyos financieros específicos para traducir parte de los textos publicados por sus investigadores en revistas o libros en inglés.

- Políticas deliberadas (que no se enuncian explícitamente, pero que no por ello ejercen efectos menos considerables), desde las estrategias de ennoblecimiento o etiquetamiento de los programas de investigación de las grandes universidades (que ya sólo quieren expresarse en un inglés convertido en la lengua de los proyectos de excelencia), hasta los mecanismos concretos de selección de los grandes proyectos de investigación financiados por los grandes programas de la Comisión Europea, que *de facto* tienden a favorecer no a los anglohablantes nativos, sino ciertas maneras específicas de construir los objetos de estudio y problemas propios de las universidades anglosajonas. Así, cuando se lanzaron por primera vez las grandes convocatorias para humanidades dentro del Programa Marco de Investigación y Desarrollo de la Comisión Europea, el proyecto que encabezó los resultados del larguísimo proceso de selección fue una red dirigida durante cinco años (2005-2010) desde Italia y seleccionada por su estructura muy abierta. Como consistía en hacer por fin una historia europea de Europa, en el sentido del discurso del expresidente de la República francesa sobre “la casa común europea”, y ya no solamente historias nacionales puestas una junto a la otra ni una

historia de la idea europea, como había ocurrido durante mucho tiempo, el jurado internacional eligió este proyecto en primer lugar porque reunía de manera perfectamente igualitaria en el papel a 180 investigadores originarios de 45 países miembro diferentes. Así, cada país contribuía a la red con un número estrictamente igual de investigadores y doctorandos: dos investigadores y dos doctorandos de Alemania, pero también dos y dos de Malta o Chipre o Islandia o Lituania. Para que todos estos participantes pudieran entenderse, la mesa directiva de la red decidió que una parte importante del presupuesto de varios millones de euros se destinaría a la traducción sistemática de los artículos y obras comunes y, básicamente, que sólo habría una lengua de trabajo compartida: el inglés.

Mi objetivo no es debatir las implicaciones y los efectos de la bibliometría o de la competencia impuesta entre instituciones, equipos de investigación e investigadores mediante políticas de evaluación y de financiamiento por proyectos aislados, aunque a todos nos resultan muy conocidos: estancamiento de la investigación en proyectos a corto plazo que favorecen la obtención de beneficios inmediatos; desplazamiento hacia los consejos editoriales de las revistas —a menudo formados en función de amistades recíprocas o de recomendaciones caciquiles— de responsabilidades propias de la comunidad científica en su conjunto o de las instituciones financiadoras; falta de acceso a las revistas para los investigadores más jóvenes o más atípicos, etc. Mi trabajo se centra más bien en las contradicciones potenciales que implica —para la práctica de la historia y, más específicamente, de la historia europea y, más allá, de las ciencias sociales— esta tentación de volcar una parte de la producción al inglés.

Si retomamos el ejemplo, que me parece revelador, de esta red europea y su decisión de publicar prácticamente sólo en inglés, tanto en papel como en formato pdf descargable, no podemos menos que desconcertarnos al observar que, a fin de cuentas, con las mejores intenciones y a menudo con voz de investigadores aguerridos en el terreno de la semántica comparada, se acaba por implicar que las lenguas europeas o que se hablan en Europa no son un medio adecuado para entender la historia de Europa, sino un obstáculo que conviene retirar lo más rápidamente posible mediante una *lingua franca* perteneciente a todos y a nadie, un inglés académico internacional. Poco importa entonces cómo hablen de sí mismas las sociedades, cómo se designen, describan o combatan los grupos sociales en los distintos contextos nacionales o cómo se desarrollen las ideologías estrechamente ligadas a usos particulares de la lengua o a léxicos muy precisos: todo esto se puede subsumir o superar con un buen uso de la traducción. Y si bien no podemos cuestionar la calidad de los trabajos realizados por esta red europea, sí podemos lamentar que no haya considerado como uno de sus ejes de trabajo la reflexión sobre los usos léxicos y la elaboración de un diccionario común donde se explicitaran las estrategias de traducción.

2. Para hablar de los desafíos más propiamente científicos, necesito retomar un ejemplo del volumen ya publicado del *Dictionnaire des concepts nomades*, para llegar lo más rápidamente posible a lo esencial y mostrar en qué se acerca y aleja a la vez de proyectos anteriores, como el de Koselleck y Conze, el de Raymond Williams o incluso el de Barbara Cassin.

En 1801 apareció en Londres, firmada por William Dupré, una obra de un género un poco peculiar, a la vez diccionario bilingüe francés-inglés, tratado político y diario dirigido a los curiosos. Su título: *Lexicographia-neologica Gallica containing words of new creation not to be found in any French and English vocabulary hitherto published, including those added to the language by the French Revolution, the whole forming a remembrance of the French Revolution.*² Al igual que otros —como Pierre Nicolas Chantreau, que ya en 1790 había publicado un *Dictionnaire national et anecdotique* con el objetivo de mostrar cómo el paso del Antiguo Régimen corrompido y moribundo a un nuevo tipo de sistema político había modificado la lengua al inventar nuevas palabras y trastocar el sentido de otras ya existentes, como *citoyens* o *aristocrates*—, William Dupré considera que la Revolución es un acontecimiento indisolublemente histórico y lingüístico. Para él, es un momento en el que, incluso en el transcurso mismo de los acontecimientos, la lengua y los usos de la lengua se transforman para seguir designando eficazmente el mundo y lo que ocurre en él, para seguir siendo un instrumento de acción política privilegiado, para adaptarse a las nuevas condiciones de validez de los enunciados: “this Revolution, a phenomenon in politics not to be paralleled in the history of mankind, has in its progress wrought a change in the language of the

² [Lexicographia-neologica Gallica que contiene palabras de creación reciente no incluidas en ningún léxico francés o inglés publicado hasta ahora, incluso las que le agregó a la lengua la revolución francesa, de modo que el conjunto constituye una memoria de la revolución francesa.]

country”.³ La ruptura lingüística es de tal magnitud y está tan vinculada con el proceso político singular de la Francia de finales del siglo XVIII, que justifica la publicación de un nuevo diccionario francés-inglés dedicado exclusivamente a esta lengua nueva, a las instituciones y a los actores específicos que designa. Para Dupré, hacer este diccionario, describir la revolución de la lengua en la lengua de la Revolución, equivale a escribir —pensando en los curiosos, en los lectores de diarios y periódicos, en los viajeros— la historia de la propia Revolución.

El ejemplo de Dupré podría parecer anecdótico si no despertara las mismas preguntas y desafíos que nos siguen inquietando ahora y que siempre han estado en el centro del proyecto de los conceptos nómadas:

- Primero, la necesidad de que las ciencias históricas y sociales se obliguen sin cesar a tomar en cuenta la historicidad de la lengua o, más exactamente, de las lenguas, que evolucionan, cambian y se transmiten, que cambian precisamente al transmitirse mediante la actividad de quienes hablan y se hablan, quienes escriben y dicen, con mayor o menor autoridad para hacerlo, en qué consiste escribir y hablar correctamente. Y también la necesidad de tomar como objetos de la historia, o de la sociología del conocimiento, las formas históricas de fetichización de la corrección, la invención recurrente de un estado idealizado de la lengua que cualquier nuevo uso vendría a corromper, la deploración acordada de las innovaciones, neologismos

³ [“Esta revolución, un fenómeno político que no tiene parangón en la historia de la humanidad, ha generado en su proceso un cambio en la lengua del país.”].

e importaciones de términos extranjeros que encontramos en todas las épocas con los mismos argumentos y los mismos acentos que cuando los gramáticos franceses del Renacimiento echaban pestes contra los italianismos de la corte y de los cortesanos. Los concursos de ortografía que estaban de moda en Francia en la década de 1980 —con un gran dictado realizado desde las sedes de la Sorbona en voz de un célebre presentador de televisión—, las políticas de afrancesamiento sistemático de los términos nuevos procedentes del inglés —a menudo vía traducciones canadienses— en aras de la preservación de una lengua nacional idealizada, el prestigio que se sigue atribuyendo a las empresas editoriales nacionales, como los diccionarios Larousse y Petit Robert, que anuncian cada nueva edición anual en el noticiero televisivo de las ocho de la noche, como los acontecimientos más importantes: todo esto revela la continuidad de tales ilusiones, en las que el rechazo de la historia tiene claras funciones normativas.

En una breve entrevista realizada en 2007, Quentin Skinner recuerda que los conceptos sólo tienen historia, no una definición perenne ni un contenido eterno ni un perímetro fijo. Es más, son historia y, más exactamente, historia de las luchas por decir qué significa hablar, qué dicen las palabras y quién puede utilizarlas; son sedimentación de la historia, casi estratos geológicos que pueden revelar el estado de las cosas:

As Nietzsche says in a wonderful phrase, the concepts we have inherited —and the interpretations we place upon those concepts— are just frozen conflicts, the outcomes of ideological debate. We just get the views of the winners, so that historians

always have to engage in an act of retrieval, trying to recover wider and missing structures of debate”.⁴

Éste fue el primer objetivo del *Dictionnaire des concepts nomades*, inscrito a fin de cuentas entre los objetivos que se había planteado el *Geschichtliche Grundbegriffe*:⁵ encontrar detrás de la historia de ciertos conceptos, elegidos no de manera sistemática, sino por el carácter ejemplar de la investigación que permiten emprender, conflictos históricos específicos y trazar su historia social, tratando de revelar quiénes fueron sus actores y qué estuvo históricamente en juego. Por ejemplo, en el caso del concepto de *laïcité* seleccionado para el *Dictionnaire des concepts nomades*, se pudo evitar la doble trampa de la historiografía tradicional —que tiende ya sea a universalizar y reconocer el concepto en todas partes, incluso en ausencia de un vocablo semejante o de una política que lo hubiera podido convertir en su consigna o su leitmotiv, o bien a naturalizarlo y considerarlo propio de un país— haciendo una comparación entre los dos países donde se forjó históricamente la noción y donde forjó a su vez las opciones políticas y sociológicas —la Francia de finales del siglo XIX y la Turquía de las décadas siguientes, hasta el Movimiento Nacional Turco y el kemalismo—, para mostrar cuáles fueron las condiciones

⁴ “Concepts”, pp. 1-2 [“Como dice Nietzsche en una frase maravillosa, los conceptos que hemos heredado —y las interpretaciones que atribuimos a esos conceptos— son sólo conflictos congelados, el resultado de debates ideológicos. Sólo recibimos las visiones de los vencedores, de modo que los historiadores siempre tienen que emprender un acto de recuperación para encontrar las estructuras más amplias y faltantes del debate.”]

⁵ BRUNNER, CONZE, KOSELLECK (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe*.

políticas, sociológicas, lingüísticas e históricas en que surgió el término y quiénes fueron sus agentes.

Se trataba de seguir el programa de William Dupré de 1801, “catch words as they rise [...] into use” [“atrapar las palabras a medida que se van incorporando al uso”], pero no con la intención de ubicar la primera aparición de un término, de describir sus primeras acepciones a partir de un corpus más o menos amplio, sino más bien de entender qué quiere decir *into use* y de darle a la expresión su sentido pleno, que no es únicamente lingüístico.

- De la *Lexicographia-neologica Gallica* de Dupré se desprendía una segunda idea, evidentemente decisiva para un investigador sumergido en la actualidad en un entorno académico profundamente internacionalizado y que en este caso nos aleja del *Geschichtliche Grundbegriffe*, que se había planteado la ambición de hacer al mismo tiempo la crítica histórica del léxico de la historia y la reflexión sobre el nacimiento del mundo moderno en el espacio germánico. Para William Dupré, la cuestión de la historicidad de la lengua y de su participación en las transformaciones del mundo social provocaba problemas urgentes de traducción: ¿cómo hacer entender a los extranjeros lo que ocurría en la Francia revolucionaria y se expresaba en esta lengua inédita?, ¿cómo explicar las ideas, las realidades políticas, las organizaciones sociales en una lengua que no las conocía? Dupré tenía que justificar su proyecto urgente y descomunal de traducir los neologismos y las inflexiones semánticas de la revolución francesa y lo hizo con dos argumentos. Por un lado, el hecho de que el francés constituía la lengua internacional dominante, un idioma tan familiar para los ingleses como el propio inglés, de modo que no era posible no interesarse en los cam-

bios veloces que la afectaban, aunque no fuera más que por curiosidad literaria o como entretenimiento. Por otro lado, el hecho, aún más importante, de que sin este nuevo diccionario el público al que estaba dirigido —por ejemplo, los lectores de periódicos— corría el riesgo de no entender nada de los acontecimientos franceses porque “jusqu’ici on a surtout fait appel à des néologismes anglais, à peine compréhensibles pour la grande majorité des lecteurs anglais”.⁶

Así, Dupré basó su propio proyecto de traducción y su legitimidad en el uso de la lengua —la circulación internacional del francés, la costumbre de acuñar neologismos para traducir neologismos o términos que el traductor no había entendido— y sobre todo en los usos de la lengua —la traducción de literatura, la lectura de periódicos—, señalando de entrada las dificultades particulares generadas por ciertos tipos de palabras, locuciones o expresiones que no podían ajustarse a las traducciones estándares o comúnmente aceptadas, ya sea porque eran radicalmente nuevas o porque sólo eran vigentes en el contexto específico, absolutamente singular, de la Francia revolucionaria: designación de grupos sociales (*aristocratie*, *Tiers*, *Affameurs*), nociones clave del nuevo léxico político (*Terreur*, *Egalité*), institución de la Revolución (*Assignat*, *Assemblées*, *Comités*).

El resultado es desconcertante. Algunas entradas corresponden a breves descripciones de instituciones, grupos sociales, canciones patrióticas o clubes. Sin embargo, otras se apegan más estrechamente a cuestiones léxicas e intentan

⁶ “[...] hasta ahora nos hemos referido sobre todo a los neologismos ingleses, apenas comprensibles para la mayoría de los lectores en lengua inglesa”.]

ofrecer explicaciones breves, a veces acompañadas de citas en francés, de los términos y expresiones consignadas. Pero incluso en este último caso, lo que sorprende es el ofuscamiento de Dupré, su incapacidad de elegir claramente un formato y un principio de equivalencia: dichos, refranes, canciones y nombres propios utilizados como designaciones políticas (*Brissotins*) se codean con términos aislados. Además, las entradas oscilan entre las traducciones literales (*aristocracy, equality, emigration*), las perífrasis sin traducción (para *Affameur*, por ejemplo) y el uso de términos franceses sin ofrecer equivalentes en inglés.

Parece como si en Dupré la conciencia de la singularidad del acontecimiento político y lingüístico que representaba la Revolución lo sumergiera en una especie de doble atadura o *double bind*: no hay que usar neologismos, pero traducir no es satisfactorio. Hay que observar que este ofuscamiento se perpetuó en las ciencias sociales y en la historia, sin que los proyectos de semántica histórica o de *discourse analysis* hayan aportado siempre aclaraciones decisivas en este sentido. Esta constatación estuvo en el origen de la serie de coloquios y talleres que generaron la materia prima del *Dictionnaire des concepts nomades* y, junto con ellos, el deseo no de producir un diccionario europeo de los conceptos de las ciencias sociales ni de contribuir a una normalización de los usos al proponer traducciones sistemáticas, como propone por ejemplo el proyecto trilingüe *Dictionnaire Historique de la Suisse*, sino de entender cuáles han sido las condiciones históricas de circulación y, sobre todo, de no circulación de los vocablos y conceptos. Y con ello, tratar de captar cuál ha sido la herencia conceptual o léxica que portamos o transportamos de manera más o menos consciente

y que nos lleva a construir como legítimo tal o cual objeto de investigación y no tal o cual otro, una perspectiva y no otra, este método y no aquel otro. Por ejemplo, ¿por qué un investigador francés de historia religiosa entenderá espontáneamente *confession* en el sentido del sacramento de la confesión y no en el de cuerpo de doctrina escrita que delimita la fe de una iglesia, como lo haría por ejemplo un colega alemán? O bien, ¿por qué otro investigador francófono, o más precisamente francés, tenderá a asociar a la idea (geográfica) de *province* la de provincialismo, es decir, una connotación social o artística o política sinónima de desposesión, de mediocridad relativa, de arcaísmo, olvidando quizás que esta asociación tiene sentido sólo para él y no para un alemán o un suizo o un italiano, ni para un hombre del siglo XVII, porque es producto de una historia muy particular vinculada con el asentamiento de la corte en Versalles y con sus mecanismos de captación de recursos culturales legítimos?

Un ejemplo de inconsciente académico:
el Greenwood Dictionary of World History

Fue en gran medida por la convicción de las virtudes heurísticas y críticas de la confrontación, la traducción y la construcción de equivalentes —por ejemplo, cuando Daniel Roche, el especialista francés en la Ilustración, tradujo el término alemán *Bildungsbürgertum* como *bourgeoisie des talents*— que se desarrollaron desde hace una generación y pese a lo que las distingue, la historia comparada, la *histoire croisée* e incluso la *histoire connectée*, y con ellas las maneras de escapar de las aporías que deja vivas el proyecto asombroso de los *Geschichtliche Grundbegriff*, que sólo concebía

un espacio y un momento: los territorios de lengua alemana durante el periodo de transición (*Sattelzeit*) hacia la modernidad. Siendo rigurosos, habría que comparar aquí las pistas a la vez afines y divergentes que se siguieron en este esfuerzo por desplazar o ampliar las ambiciones, que estableció los cimientos del proyecto de la semántica histórica, y mencionar en particular el *Vocabulaire européen des philosophies* publicado bajo la dirección de Barbara Cassin,⁷ que renuncia a cualquier recorte cronológico o geográfico previo, o bien la investigación colectiva dirigida por Javier Fernández Sebastián, que conserva la idea de *Sattelzeit* pero introduce una preocupación comparatista esencial.⁸ En ciertos sentidos, estos trabajos contribuyen a liberarnos en parte de lo que Pierre Bourdieu llamaba, en un artículo aparecido en 2000, el *inconscient d'école* o “inconsciente académico”, es decir, “l'ensemble des structures cognitives qui est imputable aux expériences proprement scolaires et ce qui est donc en grande partie commun à tous les produits d'un même système scolaire — national — ou, sous une forme spécifiée,

⁷ CASSIN (ed.), *Vocabulaire européen des philosophies*.

⁸ <http://www.iberconceptos.net/>. Véase el primer volumen, FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*. En una discusión sobre este proyecto publicada en 2007 en la revista *Hermès*, Noemi Goldman subraya precisamente la importancia del doble cuestionamiento de la historia conceptual y de la traducción, incluso cuando parecerían darse por sentadas por pertenecer a la misma lengua (en este caso, el español): “uno de los aspectos más interesantes de este proyecto es que se toman en cuenta los distintos modos de concepción y de ‘traducción’/adaptación de los diversos vocablos en una misma lengua pero de un país a otro, así como las diferencias que aparecen en los dos grandes bloques político-lingüísticos que son España e Hispanoamérica, por un lado, y Portugal y Brasil por otro” (p. 79).

à tous les membres d'une même discipline".⁹ Para Bourdieu, este conjunto de disposiciones interiorizadas, arbitrario pero aceptado como natural, nos hace considerar importantes o bien evidentes ciertos temas, ciertos intereses o ciertas grandes distinciones (como la que hace un francés del siglo XXI entre capital y provincia). Y poco importa que tales disposiciones nos hayan sido inculcadas explícitamente por el sistema académico: todas proceden de una inculcación estructural, de la inmersión de los agentes sociales en un universo estructurado —como es el ámbito universitario o académico— en cuyo seno comparten los mismos principios de visión y división del mundo. Por lo tanto, sólo es posible emanciparse al precio de un trabajo doble de objetivación histórica, que consiste en hacer la historia de estas disposiciones y su formación, y al mismo tiempo revelar la posición de quien hace esta historia dentro del espacio académico donde se ubica: lo que el sociólogo llama *objectivation du sujet de l'objectivation*, "objetivación del sujeto de la objetivación".

Están visiblemente lejos de ello muchos trabajos históricos, y sobre todo muchos manuales que pretenden ofrecer a los estudiantes, al público general o a los especialistas de otras disciplinas una introducción a la historia, y al tiempo que declaran su intención de dejar de escribir la historia desde un punto de vista estrictamente nacional, perpetúan,

⁹ BOURDIEU, "L'inconscient d'école", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 2000, p. 135 ["[...] el conjunto de las estructuras cognoscitivas imputables a las experiencias propiamente académicas y por lo tanto compartidas en gran medida por todos los productos de una misma escuela o sistema académico —nacional—, o bien, de manera específica, por todos los miembros de una misma disciplina".]

bajo la apariencia de una historia global o descentralizada, los más fuertes de los inconscientes académicos, potenciados además por un uso acríptico de la traducción.

Quiero observar un ejemplo concreto de estos inconscientes académicos nacionales y de las ilusiones metodológicas graves a las que puede conducir esta nivelación lingüística o producción en serie de entidades comparables con el fin de una historia global, en el fondo sin objeto: un diccionario dirigido al público en general, disponible a la vez impreso y en línea, que pretende ofrecer una introducción a la historia del mundo, no exhaustiva, pero sí equilibrada.¹⁰

Nunca había habido tantos diccionarios de ciencias sociales como ahora, al menos en los panoramas editoriales francófono y anglófono: diccionarios de historia, de historiografía o de conceptos historiográficos, diccionarios de ciencias políticas, de sociología o de ciencias religiosas, diccionarios de las utopías o de hechos religiosos, diccionarios biográficos (De Gaulle, Napoleón...). Sin embargo, pese a este auge editorial y a la auténtica complejidad teórica de algunos de los volúmenes, nunca habían estado más alejados del objetivo clásico que se plantean: ofrecer un estado objetivo y crítico del saber, así como de las herramientas, conceptuales y lingüísticas, mediante las cuales se constituye. Esto parece particularmente cierto en el caso de ciertas publicaciones dirigidas a un público amplio que afirman sin titubeos que pretenden ocuparse, en algunos cientos de páginas, de la historia del mundo o, en todo caso, ofrecer un primer vistazo

¹⁰ *Greenwood Dictionary*. Véase la introducción: “The entries are truly global in range and chronologically span prehistory to the present day” [“Las entradas son realmente globales en su alcance y cronológicamente abarcan desde la prehistoria hasta el momento presente”].

equilibrado y fiable, cuando lo que acaban haciendo, a veces con las mejores intenciones, es reproducir el estado de las relaciones de fuerza entre disciplinas, entre investigadores, entre espacios nacionales. Tomemos como ejemplo — aunque inmediatamente vienen a la mente otros más— el *Greenwood Dictionary of World History* publicado en Londres y Estados Unidos en 2006 bajo la dirección de John Butt, un medievalista que poco antes había publicado una historia de la vida cotidiana durante el periodo carolingio, y elijamos una entrada particular, evidentemente de importancia central, que conviene citar en extenso:

Democracy. From the Greek for ‘rule by the people’ (*demos*). Greek democracy, first established in Athens in 508 B.C.E. by Cleisthenes, was a true democracy of direct participation. Each citizen had equal rights to sit in the assembly, and all decisions were made by the assembly and considered to have been made by the people. With English democracy in the form of parliamentary government and since the founding of the United States and the French Revolution, democracy has spread around the world, mainly in the form of representative governments (republics) where citizens vote for representatives who make the decisions.¹¹

¹¹ [“Democracia. Del griego para ‘gobierno del pueblo’ (*demos*). La democracia griega, establecida por primera vez en Atenas por Clístenes en 508 a.C., fue una auténtica democracia de participación directa. Cada ciudadano tenía igual derecho de asistir a la asamblea; todas las decisiones las tomaba la asamblea y se consideraba que las había tomado el pueblo. Con la democracia inglesa en forma de gobierno parlamentario y tras la fundación de Estados Unidos y la revolución francesa, la democracia se ha extendido por todo el mundo, principalmente en forma de gobiernos representativos [repúblicas] donde los ciudadanos votan por representantes que luego toman las decisiones.”]

Sería difícil imaginar una mejor introducción a los inconscientes académicos de los historiadores europeos que esta breve entrada de diccionario. Ahí está todo (o casi): el olvido evidente — como si el asunto no mereciera siquiera plantearse — de que en esta “auténtica democracia” ateniense sólo participaba una fracción ínfima de la población, y de que las mujeres, los indigentes y los esclavos quedaban excluidos; la confusión entre asistir, participar, votar y decidir, que aquí parecen referirse a operaciones perfectamente idénticas (¿quién de nosotros no ha asistido a una asamblea sin atreverse a tomar la palabra, o sin tener derecho de hacerlo?, o bien, ¿quién no ha tenido la sensación de estar presente sólo para avalar una decisión tomada con anterioridad?); la invención de una genealogía fantástica y prestigiosa que convierte a la Inglaterra del siglo XVII — y un poco menos a Estados Unidos y a Francia — en la descendiente directa de la Grecia de Clístenes y Pericles; la confusión entre régimen representativo y república, que sugiere por ejemplo que las formas de democracia directa vigentes aún en Suiza no son republicanas, cosa que ameritaría al menos una explicación; y la cómoda convicción, tan reconfortante en estas épocas de mundialización, de que Occidente no ha exportado sólo sus misioneros y sus soldados, sino también la democracia, que ahora se extiende por todo el mundo (salvo ciertas resistencias locales condenables).

Evidentemente, no tengo la intención de retomar en detalle este artículo y describir sus silencios, sesgos y errores manifiestos; quiero únicamente aprovechar la oportunidad para reflexionar sobre los efectos devastadores de los usos léxicos aproximados y sobre la propensión de ciertos historiadores a dejarse engañar por traducciones que generan

similitudes entre contextos que son, sin embargo, disímiles. En el fondo, lo que nos revela este artículo es una verdadera fábrica del inconsciente académico historiador, con su mezcla de anacronismo sosegado y alegre etnocentrismo, cuyas artimañas hay que mostrar.

En Europa, la historia de las prácticas políticas democráticas tiene de hecho una larga tradición y se ha centrado, no sin motivos, en ciertos objetos privilegiados: la historia de la decisión mayoritaria — en particular con los grandes trabajos de Otto von Gierke a finales del siglo XIX — y con ella el análisis de la evolución de las formas de la decisión política colectiva; la historia de las instituciones representativas de la Edad Media y de la época moderna, incluida la cuestión punzante de la posible continuidad entre los Estados Generales, Parlamentos, Estados, Cortes y otras Dietas, y las asambleas que surgieron después de las revoluciones de los siglos XVII y XVIII, una tradición iluminada por una larga serie de coloquios desde la década de 1960; y, por supuesto, la historia del republicanismo o de la idea republicana, en particular con Quentin Skinner y Martin van Gelderen. Estas tradiciones son precisamente lo que la entrada del *Greenwood Dictionary* parece a la vez confundir y pasar por alto, al adoptar elecciones léxicas que no son ni las de la comunidad científica ni las de los agentes históricos, es decir, ni sabios ni indígenas, y que son simplemente engañosas.

Retomaré ahora estas tres tradiciones historiográficas, estas tres grandes apuestas historiográficas que mencioné sucintamente, tratando de ver si es posible salir de los inconscientes que operan aquí y hacer realmente un trabajo de historización de las categorías de análisis.

1. Muchos especialistas, como Léo Moulin u Otto van Gierke, por ejemplo, han descrito ampliamente el largo recorrido de las formas de decisión colectiva, que conduce progresivamente del dominio de la unanimidad en la elección de los reyes germanos o los pontífices en la Alta Edad Media, por ejemplo, hasta el triunfo de la decisión mayoritaria que consagraba el derecho de la minoría a existir, expresarse, contarse y, por lo tanto, contar. En este largo recorrido, el momento decisivo se ubicaba en general en los siglos XII-XIII, cuando nuevas reglas condicionaron la elección de los papas y surgieron nuevas instituciones —las universidades, las comunas, las cofradías— que establecían precisamente como uno de sus principios de gobierno la validez de las decisiones tomadas para todos por la *major et sanior pars*. Considerada como una *persona ficta*, la institución podía tener una voluntad que no se reducía a la suma de voluntades de todos sus miembros: se desvanecía así la exigencia de unanimidad, en favor de formas de decisión solamente de una parte de los miembros, que, sin embargo, comprometían a la institución en su conjunto. Pero las fórmulas seguían siendo ambiguas, como se ve en los trabajos de Léo Moulin: ¿qué se debía entender por *sanior pars* y cómo identificarla?, ¿se debían contar o sopesar las voces y dar a cada una un peso diferente?, ¿qué hacer si la *sanior pars* no era la *major pars*? Básicamente, la definición de la parte que podía tomar una decisión válida para todos se fue simplificando sólo poco a poco, hasta convertirse en la mayoría en el sentido puramente aritmético en que lo entendemos hoy en día (o casi).

Se entiende entonces que la historia lineal, esa especie de marcha triunfal hacia la democracia parlamentaria que pretende esbozar el *Greenwood Dictionary*, no tiene sentido o,

más exactamente, que se trata de una historia imaginaria, sin relación con las prácticas reales de las sociedades del pasado, que cumple sobre todo funciones celebratorias.

Para entender en qué sentido sí se trata aquí de traducción y de inconscientes académicos nacionales, hay que regresar a los usos léxicos de la Edad Media y sobre todo del Antiguo Régimen. De hecho, basta con retomar los diccionarios franceses del Antiguo Régimen y las grandes enciclopedias de los siglos XVII y XVIII para notar que no aparecen en absoluto los términos de *vote* o *majorité* o *suffrage*, o que no significaban lo que podríamos creer a priori. *Vote* prácticamente no aparece en la lengua francesa antes de finales del siglo XVIII, proveniente del inglés y para designar la acción de dar a conocer públicamente o en secreto la opinión o la elección de una persona respecto del asunto sometido a la aprobación de una comunidad o un cuerpo. Los hombres de la época moderna usaban otros términos, que tenían implicaciones bastante distintas: *opiner* — que sugiere que la operación es ante todo un consentimiento, como cuando se sometían los magistrados o los obispos a la aprobación del pueblo, que no tenía otra opción— o *donner sa voix*, “prestar su voz” o *donner son suffrage*, “emitir su sufragio”. Lo mismo ocurre con *majorité*, que existe, por supuesto, pero ya sea como término jurídico —por ejemplo, cuando se habla de la mayoría de edad del rey de Francia a los 13 años— o bien, lo más común, asociada con la idea de *saniorité* o “respetabilidad”: la *major et sanior pars*, la mayor y más respetable parte de la población o de los miembros de un grupo tomaba una decisión que se aplicaba a todos. Los dos términos son considerados equivalentes por ciertos autores de finales de la Edad Media o de la épo-

ca moderna, para quienes la mayoría suele ser la parte más respetable o meritoria. Esta definición corresponde a fin de cuentas con la práctica más común de la decisión colectiva: los de mayor edad, mayor renombre o mayor jerarquía emitían su opinión en primer lugar y marcaban así el sentido de la decisión, que los más modestos debían seguir. En 1531, por ejemplo, cuando la ciudad de Ulm, en el Imperio, decidió hacer votar a cerca de 2000 tenderos, burgueses, artesanos y comerciantes para saber si deseaban o no adoptar la reforma protestante, la votación comenzó por las ocupaciones más ricas y mejor cotizadas y fue descendiendo progresivamente en la escala de prestigio. Cuando se alcanzó la mayoría, se informó a Carlos V la decisión de la ciudad, si bien se permitió que las ocupaciones pobres siguieran emitiendo una opinión que sin embargo ya no contaba. Por lo tanto, asistir, participar, emitir una opinión (u opinar) no son necesariamente contribuir a la decisión, y la historia tiene incontables ejemplos de dispositivos inventados para reducir el poder de las asambleas y de sus asistentes: derecho de veto; votación por colegios, que confiere un peso exorbitante a los sufragios de un grupo pequeño (como en los Estados Generales franceses antes de 1789 o en las Dietas imperiales); preselección de quienes tienen derecho a postularse como candidatos, que deben obtener, por ejemplo, el aval de sus predecesores...

En algunos casos sí era el número lo que determinaba la decisión, incluso mucho antes del siglo XVIII, pero para designar este peso numérico decisivo, los hombres de la época moderna —o en todo caso los que se expresaban en francés— no decían *majorité* y definitivamente no lo concebían como un grupo constituido, una parte identificada y

estable de una asamblea, como se considera ahora: hablaban en general de *pluralité*, de *pluralité des voix*, “pluralidad de opiniones”, o de *plus grand nombre*, “número más grande”. En los pueblos suizos de principios de la década de 1530, por ejemplo, cuando había que elegir localmente entre protestantismo y catolicismo, se apelaba a la pluralidad de los sufragios, y estos procedimientos se llamaron simplemente *les Plus*, “los más”: los pobladores se reunían en la plaza del pueblo o en la iglesia y se preguntaba a cada uno su elección. Pero se observa que esta pluralidad no se preocupaba demasiado por ofrecer con precisión la diferencia por la que tal o cual parte valía por el todo, en contraste con la mayoría que supone un voto decisivo: basta con ser los más numerosos o hacerlo creer.

Al elegir el término “votar”, que en su origen está asociado específicamente con Inglaterra, y considerarlo universal, algo que se da por sentado y que en la redacción se vuelve equivalente de “participación” de los “ciudadanos” en la cosa política, donde cada uno tiene una contribución “igual” a la “decisión” del “pueblo, el *Greenwood Dictionary* se deja engañar voluntariamente por las palabras: desdibuja las pistas y ya no permite entender qué es en la práctica la experiencia democrática o qué cambió con la votación secreta —desconocida precisamente en la primera república inglesa—, el sufragio universal o el sistema parlamentario a lo largo del siglo XVIII y en el siglo XIX, o incluso el voto de las mujeres. Para las cuestiones de traducción, esto genera un verdadero efecto de ignorancia.

2. La historia de la larga existencia de las “instituciones representativas” ha sido desde hace mucho tiempo uno de

los terrenos preferidos de los historiadores del derecho, antes de convertirse, en la década de 1960, en un punto de encuentro entre ellos y los historiadores de las ideas políticas o los especialistas en historia social interesados, por ejemplo, en el reclutamiento social de los delegados en los Estados Generales, los parlamentarios o los juristas al servicio de los príncipes y las ciudades en el Sacro Imperio. Recientemente se volvió también objeto de interés para los ceremonialistas, que observan en ella los rituales de lo político en las sociedades del Antiguo Régimen y las formas de negociación —asimétricas, por supuesto— entre los soberanos y sus súbditos. Sin embargo, el artículo del *Greenwood Dictionary*, que tomaré una vez más como punto de partida, no se refiere a este renacimiento; de hecho, el autor se contenta con considerar en las últimas líneas que la democracia toma “mainly” la forma de gobiernos representativos (que son sinónimo de *republics*). Retomaré en el siguiente apartado esta última equivalencia. Por ahora quiero centrarme en la definición misma de régimen representativo que ofrece el autor justo después de esta afirmación inicial: es un régimen “where citizens vote for representatives who then make the decisions” [“donde los ciudadanos votan por representantes que luego toman las decisiones”].

Nuevamente, el especialista en el periodo moderno no puede dejar de sorprenderse, primero por esta distinción entre *vote* y *decision making*, pero sobre todo por el uso exclusivamente inglés del término *representative*, que aparece aquí a la vez como sustantivo (los elegidos) y como adjetivo (el gobierno parlamentario, las instituciones representativas). Y este juego de palabras tiene consecuencias fuertes, anecdóticas o no. Por ejemplo, ¿hay que dejar de considerar

a Italia un régimen democrático porque tiene senadores vitalicios designados y no electos, y ver en el presidente de su Consejo, que en este caso es precisamente Mario Monti, a un dictador? Contrario a lo que parece hacer, el diccionario impide concebir precisamente el paso de las instituciones del Antiguo Régimen a los parlamentos de los siglos XIX-XXI, y justo en torno a las cuestiones de representación y representatividad. Sabemos que las instituciones representativas del Antiguo Régimen no representaban a las poblaciones y a menudo ni siquiera a los territorios: su representatividad no hacía sino una aportación mínima a las preocupaciones de equidad o justicia, y mucho menos a las preocupaciones de tipo estadístico. Los parlamentos franceses eran tribunales compuestos por magistrados que detentaban su cargo; los delegados en los Estados Generales acabaron por ser todos electos (y ya no designados personalmente, como lo habían sido los nobles), pero mediante procedimientos largos que favorecían a las élites y a los notables urbanos; los territorios representados en las Dietas imperiales no tenían todos derecho a voto y algunos debían compartir el derecho a consentir o a decidir. Además, los asuntos que se discutían eran tan técnicos que resultaba más sensato, por el bien de los territorios o de los pueblos, no asistir en persona, sino hacerse representar por juristas profesionales, aunque se tuviera que compartir con otros el costo de estos expertos tan requeridos: se cuenta a menudo la anécdota del mismo experto que debió abogar una mañana por un obispo y esa misma tarde por el príncipe con quien el primero estaba en conflicto. Los delegados de las instituciones representativas del Antiguo Régimen representaban a las poblaciones y territorios como un abogado representa a su cliente: en-

carnaban a tal o cual pueblo, principado o provincia, constituían su *sanior pars* y defendían sus intereses defendiendo su propia posición social...

Y por supuesto que algo cambió durante el siglo XVIII, y más claramente con la independencia estadounidense y la revolución francesa, cuando las cuestiones de representatividad y equidad se plantearon por fin en los términos modernos que aún conocemos: por ejemplo, en torno a la idea estadounidense de sistema bicameral para representar a la vez a la población (en la Cámara) y a los territorios (en el Senado), o bien en la adopción de una arquitectura específica (el hemiciclo) para hacer visible la relación de fuerzas entre los grupos o los partidos. Este momento de tránsito de una idea de la representación a otra, de una idea de la justicia política a otra, y todo lo que fue necesario para lograrlo, todo esto es lo que se pierde totalmente cuando se resumen en un vocable único —representativo— siglos de debates y de luchas políticas.

3. Lo más llamativo en esta breve entrada de diccionario sobre historia mundial sigue siendo la equivalencia establecida entre gobierno representativo y república. Queda claro que esta identificación es resultado de una larga historia y que no era de esta manera en sus orígenes, en la Atenas de Clístenes, que seguía siendo una democracia directa en la que los ciudadanos asistían ellos mismos a la asamblea. Sin embargo, con tal de confiscar la idea de *república* y convertirla en una suerte de privilegio de Occidente, exportada luego hacia otros parajes, el diccionario se ve obligado a dar un salto temerario entre Atenas y la Inglaterra del siglo XVII y, sobre todo, silenciar cualquier cosa que no avale esta genealogía fantástica que

remonta los sistemas políticos anglosajones y franceses de los siglos XVIII-XIX a la Antigüedad.

Nuevamente, el diccionario traiciona con sus elecciones léxicas sus propias promesas de historia mundial y sólo ofrece una visión anglosajona de esa historia. Algunas de las experiencias históricas singulares que dotaron al republicanismo de su fuerza particular en Europa, y sin las cuales resultaría simplemente impensable la brecha que representaron las revoluciones, quedan fuera —quizás por falta de espacio—, pero además se vuelven sin duda incomprensibles. Las repúblicas de las comunas italianas de la Edad Media —donde se inventaron precisamente las prácticas mayoritarias modernas y cobró forma el discurso sobre la *Res Publica* y sobre lo que debía sostenerla, es decir, la virtud—, las Provincias Unidas protestantes en revuelta contra su soberano español —que hicieron quizás la formulación más clara del derecho a destituir a un monarca y, por lo tanto, de la soberanía del pueblo— o incluso la extraña organización política de los cantones suizos y sus aliados, que logró hacer coexistir territorios con intereses y sobre todo con preferencias religiosas totalmente opuestas: nada de esto se construyó en realidad como un sistema político representativo. Entonces, ¿cómo no ver en ello, después del libro célebre de John Pocock, *The Machiavellian Moment*, el crisol del pensamiento de la república y de los modelos constantemente invocados y estudiados —aunque sea para rechazarlos por completo, como ocurrió a menudo con Venecia en particular— por los pensadores políticos de los siglos XVII y XVIII, los mismos que tuvieron un papel central en las revoluciones?

El *Greenwood Dictionary* no ameritaría que nos detuviéramos tanto en él si no constituyera en el fondo casi un *tipo ideal* que resume de manera arrebatada y torpe lo que otros textos a veces más ambiciosos o mejor informados hacen insidiosamente. En el diccionario se reconocen algunos de los inconscientes académicos que mencionaba Pierre Bourdieu en el artículo que cité en la introducción: la fascinación por los orígenes y con ella la tentación de las genealogías imposibles y de las filiaciones imaginarias, que ven el nacimiento de los medios de información modernos en el tapiz de Bayeux, el de la tolerancia en algunas páginas de pensadores aislados del siglo XVI, el de la vida política moderna en los enfrentamientos entre facciones; la circulación descontrolada entre el léxico autóctono y el de las ciencias históricas, de modo que se aplican al pasado nociones anacrónicas o bien se atribuye un sentido inédito a términos antiguos; la persistencia del etnocentrismo bajo los nuevos giros de la historia global, pese a los *Subaltern Studies* y a los trabajos de Dipesh Chakrabarty... Evidentemente, no es el único en conjugar de esta manera la universalización de categorías de análisis fuertemente marcadas por una historia nacional, el comparatismo grosso modo y la exaltación de Occidente, y no puedo resistir la tentación de concluir este punto con otra cita, tomada esta vez de la *International Encyclopedia of Social Sciences* (1968):

The term democracy indicates both a set of ideals and a political system — a feature it shares with the terms communism and socialism. “Democracy” is harder to pin down, however, than either “socialism” or “communism”; for while the latter labels have found in Marxism an ideological matrix, or at least a point

of reference, democracy has never become identified with a specific doctrinal source — it is rather a by-product of the entire development of Western civilization. No wonder, therefore, that the more “democracy” has come to be a universally accepted honorific term, the more it has undergone verbal stretching and has become the loosest label of its kind. Not every political system claims to be a socialist system, but even communist systems claim to be democracies.¹²

Desbanalizar lo banal mediante el comparatismo

El primer volumen del *Dictionnaire des concepts nomades* no tenía ninguna pretensión de exhaustividad o de normatividad, ni la ambición de contribuir a la homogeneización de los usos léxicos de las ciencias humanas en Europa. Quería ayudar a entender lo que no se transmite al traducir ciertos conceptos o ciertos términos propios de las ciencias sociales modernas y contemporáneas (por ejemplo, la idea de provincialismo) o lo que se transmite de contrabando (por ejemplo, cuando se remplace dirección o gobierno con *gouvernance* o *services publics* con *public utilities*, o cuan-

¹² [“El término *democracia* señala tanto un conjunto de ideales como un sistema político, rasgo que comparte con los términos comunismo y socialismo. Sin embargo, ‘democracia’ es más difícil de definir que ‘socialismo’ o ‘comunismo’: mientras que los segundos han encontrado en el marxismo una matriz ideológica, o al menos un punto de referencia, la democracia nunca se ha identificado con una fuente doctrinaria específica, sino que es más bien un subproducto de todo el desarrollo de la civilización occidental. Por lo tanto, no extraña que entre más se convierte en un término honorífico universalmente aceptado, más se somete a un estiramiento verbal y se convierte en la etiqueta más laxa de su tipo. No todos los sistemas políticos declaran ser socialistas, pero incluso los sistemas comunistas declaran ser democracias.”]

do se juega con el doble sentido de la palabra *representatives*). También esperaba luchar contra la ilusión que lleva a creer que el paso generalizado por el inglés resolverá todos los problemas y ayudará a generar enfoques más objetivos, menos marcados por la historia de cada universo académico, de la tradición de cada escuela, de cada disciplina. Dicho de manera trivial, buscaba sencillamente favorecer la “trazabilidad” — como se dice ahora para los productos alimenticios — de los usos conceptuales y léxicos: ¿de dónde viene este término?, ¿de qué momento histórico o de qué agentes?, ¿por qué se extendió a otros contextos, distintos a los de su nacimiento (como cuando se comienza a hablar de Antiguo Régimen para países distintos de la Francia prerrevolucionaria)?

Sin embargo, ahora percibo las lagunas de esta primera etapa — que no tienen nada que ver con el número reducido de entradas — y los esfuerzos que aún falta hacer para convertir este trabajo en un instrumento crítico liberador, capaz de ayudarnos a salir de las rutinas intelectuales que nos son tan habituales que ni siquiera las vemos, de invitarnos a que nos volvamos a asombrar con lo que nos parece tan evidente que no cuenta como objeto de estudio. Me parece indispensable adelantar algunos criterios para emprender este trabajo colectivo de largo aliento:

- Primero (y esta evidencia la percibo aquí en México con una fuerza particular), la postura extraeuropea, evidentemente demasiado restringida en el primer volumen, porque sólo una de cada cuatro o de cada tres entradas estuvo dedicada al contexto colonial o poscolonial, y participaron muy pocos investigadores procedentes de universos académicos no europeos, entre ellos dos colegas mexicanos a

quienes quiero agradecer. Entonces, no sería del todo infundado considerar que pese a sus objetivos de *étrangement*, de apelar a lo otro, de desbanalizar lo banal, el *Dictionnaire* reprodujo una jerarquía muy europea de objetos y cuestionamientos científicos. Para reflexionar sobre esto, me parece indispensable trabajar a partir de ahora en un diccionario realmente descentralizado que trate de abstraerse de cualquier punto de vista, o que al menos esté en condiciones de mostrar en cada momento por qué se adoptó un punto de vista y no otro, tal manera de construir los objetos o las preguntas y no otra.

- Luego, mayor rigor en la determinación de lo que justifica o no una entrada. Y no por un deseo de exhaustividad (a mi juicio ilusorio y carente de interés, porque importa más construir un método de trabajo que entregar resultados), sino porque hay que estar en condiciones de determinar cómo alcanza el rango de concepto una expresión, una palabra, un neologismo. ¿Qué convierte, en un momento determinado, tal o cual término en un concepto o una categoría de pensamiento? ¿Y cómo es que este término o esta categoría pasan del uso cotidiano, el de los agentes sociales, a un uso académico, y con qué condiciones y efectos lo hace? Podríamos multiplicar los ejemplos recientes de esto, como el de *gender/genre*, cuya trayectoria en las ciencias sociales es a la vez fulgurante y muy reciente, muy amplia y muy discutida.

- Por último, el formato. El primer volumen conservó un ordenamiento alfabético, negando deliberadamente agrupaciones por tema que hubieran sugerido la existencia de metaconceptos. Pero fue sacarle la vuelta a la dificultad en lugar de resolverla, y es evidente que ciertos conceptos,

sin englobarse o distribuirse de manera jerárquica, guardan relaciones de vecindad, buenas o malas, tanto en las ciencias sociales e históricas como en el debate público, como ocurre con raza y pueblo, ciudadanía y civismo, multiculturalismo y comunitarismo. A partir de ahora pretendemos trabajar sobre esta vecindad y estos macizos conceptuales.

Detengo aquí la lista de lo que se tendría que hacer (o dejar de hacer): podría no tener fin. Pero deja claro hasta qué punto el debate abierto con los proyectos realizados en El Colegio de México y en torno a los *iberconceptos* me parece actualmente central para darle nuevo ímpetu a este proyecto de cuestionamiento a los inconscientes académicos, y para emprender un auténtico proceso comparatista descentralizado y liberado de las formas de etnocentrismo que siguen entorpeciendo muchos análisis históricos.

Traducción de Lucrecia Orensanz

REFERENCIAS

BOURDIEU, Pierre

“L’inconscient d’école”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 135:3-5 (2000).

BRUNNER, Otto, Werner CONZE y Reinhart KOSELLECK (eds.)

Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland, Stuttgart, Ernst Klett Verlag [“Conceptos históricos fundamentales. Diccionario histórico del lenguaje sociopolítico en Alemania”].

CASSIN, Barbara (ed.)

Vocabulaire européen des philosophies. Dictionnaire des intraduisibles, Paris, Seuil-Le Robert, 1969.

“Concepts”

“Concepts only have histories. Quentin Skinner interview by Emmanuel Tricoire and Jacques Lévy”, en *Espace-temps* (9 oct. 2007), pp. 1-2.

CHRISTIN, Olivier (ed.)

Dictionnaire des concepts nomades en sciences humaines, Paris, Métailié, 2010.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier

Diccionario político y social del mundo iberoamericano, Ibero-conceptos I, Madrid, Fundación Carolina, 2009.

Greenwood Dictionary of World History

Greenwood Dictionary of World History, dirigido por John J. Butt. 2006.